



Cuadernos del CENDES

ISSN: 1012-2508

cupublicaciones@ucv.ve

Universidad Central de Venezuela
Venezuela

Sacco dos Anjos, Flávio; Velleda Caldas, Nádia
De la medida de lo rural a lo rural bajo medida: un estudio sobre representaciones sociales
Cuadernos del CENDES, vol. 31, núm. 86, mayo-agosto, 2014, pp. 73-93
Universidad Central de Venezuela
Caracas, Venezuela

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=40332804005>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

De la medida de lo rural a lo rural bajo medida: un estudio sobre representaciones sociales*

FLÁVIO SACCO DOS ANJOS**
NÁDIA VELLEDA CALDAS

pp. 73-93

Resumen

El mito fundador de la sociología rural estableció la oposición campo-ciudad como realidades socio-espaciales discontinuas. Sin embargo, a lo largo de las últimas décadas, se dibuja un nuevo escenario en el cual se construye una imagen idílica y divinizada de lo rural. ¿Qué razones conspiran para la aparición de estas dinámicas de revalorización de lo rural? El artículo examina algunas de las contradicciones asociadas a lo que se denomina emergencia de un concepto de lo rural «hecho a medida», en medio de un contexto marcado por la era del pos-productivismo, eligiendo las representaciones sociales de lo rural como foco analítico. Convertir atributos ambientales en escenario para ser consumido por los turistas y sociedad en general no siempre está de acuerdo con las representaciones y expectativas de las personas del lugar.

Palabras clave

Rural, representaciones sociales, nueva ruralidad, desenvolvimiento rural

Abstract

The founding myth of rural sociology established the opposition rural-urban as discontinuous spatial socio realities. Nevertheless, throughout last decades, appears a new scene appears in which is constructed an idyllic and exalted image of the rural. What reasons conspire for the appearance of these reevaluation dynamics of rural concept? This article examines some contradictions associated with an emergency of a rural «made-to-measure» concept in the middle of a context marked in the age of post-productivism, choosing the social representations of rural thing as an analytical focus. Convert environmental attributes on stage to be consumed by tourists and the general public is not always in accordance with the representations and expectations of local people.

Key words

Rural, social representations, new rurality, rural development

* Trabajo realizado con el apoyo del Programa Hispano-Brasileño de Cooperación e Intercambio (Acuerdo Capes-Dirección General de Universidades de España), proceso n°186/09 y del PRONEM FAPERGS proceso n° 112044-2. Este texto es una versión actualizada y ampliada del artículo publicado en portugués en la revista «História, Ciências, Saúde – Manguinhos», v.21, n.2, 2014, pp.385-402, Rio de Janeiro.

** F. Sacco dos Anjos: profesor e Investigador del Departamento de Ciências Sociais Agrárias y del Programa de Doctorado em «Sistemas de Produção Agrícola Familiar», Universidade Federal de Pelotas, Estado de Rio Grande do Sul, Brasil.

Correo-e: saccodosanjos@gmail.com

N. Velleda Caldas: profesora e Investigadora del Departamento de Ciências Sociais Agrárias y del Programa de Doctorado em «Sistemas de Produção Agrícola Familiar», Universidade Federal de Pelotas, Estado de Rio Grande do Sul, Brasil.

Correo-e: velleda.nadia@gmail.com

Introducción

Se volvió una obviedad afirmar que las áreas rurales se convirtieron en objeto de revalorización desde finales del siglo XX. Este fenómeno es muy difuso, adquiriendo distintos matices y significados según las diferentes regiones del planeta. De hecho, en el caso europeo son evidentes los argumentos que justifican el sentido de este (re)descubrimiento, el cual está fuertemente asociado al surgimiento de un léxico, que incluye términos ampliamente conocidos en el ámbito académico y político-institucional, como es el caso de la multifuncionalidad de lo rural, del enfoque territorial, de la inter-sectorialidad o incluso de lo que pasó a denominarse «nueva ruralidad», en medio de un debate que guarda fuertes vínculos con la elaboración de propuestas de intervención para el desarrollo de zonas consideradas periféricas o desfavorecidas. La transición operada en la Política Agrícola Común (PAC), desde el final de los años 90 y el surgimiento de nuevos instrumentos de intervención, nos ayudan a comprender, con bastante claridad, la naturaleza y el alcance de este proceso.

En el caso latinoamericano, esa discusión cobra la misma relevancia, sobre todo porque aparece asociada a un re-direccionamiento interesante en la filosofía y en las estrategias de actuación de las principales agencias internacionales de cooperación que, definitivamente, incorporan las nuevas orientaciones que emanan del marco europeo. El elemento común que unifica ambos contextos recae en el hecho de reconsiderar el papel que las áreas rurales pueden desempeñar, cuando estamos en medio de la crisis de un patrón civilizatorio (Beck, 1992) que se impuso desde el final de la segunda guerra mundial, con profundos desdoblamientos de orden social, demográfico, económico y, sobre todo, ambiental. Fruto de este espectro de cambios, consta la aparición de fenómenos que alcanzan los distintos países del mundo y que, hasta entonces, eran admitidos como propios (o exclusivos) de los países industrializados.

En efecto, al final del siglo XX, Camarano y Abramovay (1999) anunciaban la progresiva masculinización y envejecimiento del espacio rural brasileño, al mismo tiempo que otros estudios (Sacco dos Anjos y Caldas, 2005) mostraban no solamente que estas transformaciones demográficas son más intensas en los estados meridionales de este país, sino que también es significativa la tendencia a la *desagrarización* del espacio rural, a través de la cual se constata un sensible crecimiento de la población rural ocupada en actividades que poco o nada tienen que ver con la agricultura. Analizar estos fenómenos no es asunto del presente trabajo. La mención que hacemos aquí sirve, apenas, para mostrar la extensión de los desafíos con los que nos enfrentamos en la contemporaneidad y que, objetivamente, aproximan escenarios mundiales aparentemente desiguales o incluso contrapuestos.

Que lo «rural» no se puede reducir a lo «agrícola» o que existe un concepto de lo rural «más allá de la producción» (Maluf y Carneiro, 2003), se volvió la tónica de una intensa actividad intelectual capitaneada, en Brasil, por las investigaciones del grupo liderado por

Graziano da Silva, en el marco del llamado «*Projeto Rurbano*» (Silva, 2001). Sus resultados son bastante conocidos. Concretamente, se puede decir que sirvieron para ampliar el conocimiento de la ruptura con el mito fundador de la sociología rural, que estableció la oposición campo-ciudad, clasificando tales nociones como realidades espaciales y sociales discontinuas. Desde el punto de vista político e institucional, estos estudios fueron decisivos para renovar la retórica de la actuación del Estado brasileño en la esfera del desarrollo y gestión de las políticas públicas. Los recientes discursos que sustentan la creación de la «*Secretaría de Desenvolvimento Territorial*», de los «*Territórios da cidadania*», de los «*Consórcios de Segurança Alimentar e desenvolvimento local*» y de otras estrategias de intervención estatal, sirven sólo como ejemplos para ilustrar una tendencia visible, aunque todavía no consolidada, de actuación gubernamental.

Pero hay otros aspectos que queremos destacar en el contexto de los nuevos abordajes que convergen para retomar lo rural como cuestión. Nos referimos, particularmente, a la influencia ejercida por los geógrafos durante la década de los 90, quienes más allá del reconocimiento de que la sociedad industrial no había eliminado totalmente las características esenciales de la ruralidad, asumen la misión de proponer nuevos instrumentos y criterios para delimitarla, medirla y evaluarla. Los diversos criterios de definición propuestos para dimensionar la ruralidad expresan el énfasis en adoptar nuevos sistemas clasificatorios.

«*Brasil es menos urbano de lo que se cree*». Ese es el título de uno de los trabajos de José Eli da Veiga (2002), centrado en su crítica al cariz normativo dominante en estos abordajes. Hay, por cierto, incontables ejemplos de aproximaciones de contenido claramente clasificatorio, como en el caso de los trabajos que apuntan saldos migratorios positivos o negativos, que describen cambios y discontinuidades en los flujos migratorios, etc.

Las diferentes adjetivaciones (rural aislado, rural profundo) presentes en trabajos como los de Bernard Kayser (1990, 2000) llenan los términos de un debate inacabado. En efecto, la tipología adoptada por la Organización para la Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE) establece tres categorías de regiones («esencialmente rurales», «relativamente rurales» y «esencialmente urbanizadas») cuyas naturalezas ejercerán influencia en la evolución del proceso de reflexionar sobre los destinos de la ruralidad. Hay, además, otras adjetivaciones (rural agrícola, no agrícola, esencialmente agrícola, exclusivamente agrícola, rural metropolitano, etc.) que son propias de estas nuevas aperturas de las estadísticas oficiales brasileñas, que intentan superar las restricciones impuestas por los esquemas dicotómicos. Esta discusión, aunque relevante, trasciende al recorte de la realidad que elegimos en esta exposición.

Lo que aquí nos importa destacar es el hecho de que nos encontramos hoy delante de una doble transformación. De un lado, está la mutación en el propio objeto —lo rural como cuestión— y de otro, la forma como nosotros lo entendemos. En ese sentido, son cada vez más elocuentes las señales que apuntan hacia la aparición de una ruralidad que busca

desmarcarse de la monocromía de lo agrario, de lo tradicional y que era supuestamente ajena a las mudanzas que emanan del marco global (Aguilar Criado, 2007:147).

Es en el transcurso de ese proceso donde emerge lo que podemos llamar *reinven*ción e idealización de lo rural, como construcción social típica del momento histórico que vive la sociedad contemporánea. Una coyuntura que converge para el surgimiento de una ruralidad diseñada como una especie de *idilio rural* (Hervieu, 1995), reproduciendo una imagen melancólica de un pasado que sucumbió al curso de las grandes transformaciones socioculturales. Un rural que se viste delante de los ojos «de los de fuera», como guardián esencial de la biodiversidad y de los encantos de los paisajes naturales. Un rural que no busca solamente proyectarse al exterior, sino que ansía estimular el deseo de los que quieren consumir algo más que productos, generalidades y algunos bienes tangibles.

Este cuadro es de verdad evidente, como veremos, en el caso de los países integrantes de la Unión Europea, pero también es cierto que, en mayor o menor medida, alcanza también otras latitudes, como es el caso de Brasil y demás países latinoamericanos. ¿Qué razones conspiran para el surgimiento de estas dinámicas de revalorización de lo rural? ¿Hay un sentido común o recurrente entre el modo de construir este nuevo discurso sobre la ruralidad en el ámbito de Europa y de otros países? ¿Qué implicaciones se pueden esperar de esa orientación? ¿Cómo es posible hablar de una nueva ruralidad sin evocar los trazos que sustentan las representaciones sociales construidas por los consumidores, supuestamente ávidos por absorber la tradición y lo singular, en detrimento de lo estandarizado y de lo convencional?

En líneas generales, son estas las cuestiones que sostienen una reflexión que parte de tres grandes premisas. La primera de ellas recae en el entendimiento de que las dos últimas décadas reflejan un cambio importante operado en el plano de las representaciones sociales sobre lo rural en los países desarrollados, especialmente entre los que integran la Unión Europea, lo cual se manifiesta en una reformulación igualmente decisiva en los instrumentos de intervención para el desarrollo de los territorios.

La segunda premisa es reconocer que siempre existió una dualidad inmanente entre, de un lado, lo rural como un tipo específico de espacio geográfico y, de otro, como representación social o *idealización*, parafraseando a Halfracre (1993). Es en ese sentido en el que justificamos el sugestivo epígrafe que enmarca este trabajo. El presente momento, como pretendemos poner en evidencia a continuación, refleja las contradicciones en torno del modo, a través del cual la sociedad actual reelabora una imagen de lo rural y construye un nuevo discurso sobre la ruralidad.

La tercera premisa está formulada en el sentido del entendimiento de que este *rural bajo medida* emerge como desdoblamiento de un conjunto de transformaciones que transita la sociedad contemporánea y que debe de ser subrayado en esta aproximación. Además

de esta introducción, el artículo se estructura en otras cuatro secciones: la segunda analiza el tema de las representaciones sociales y la importancia heurística de esta noción para la comprensión de los procesos, que serán abordados en la tercera sección, principalmente los que afectan a las mudanzas operadas en estas representaciones sociales sobre lo rural propiamente dichas. La cuarta sección expone los contornos de esta construcción que aquí denominamos *rural bajo medida*. La quinta y última rescata las principales conclusiones de este trabajo.

Las representaciones sociales

El tema de las representaciones es vasto y demasiado complejo para ser analizado en los límites de esta sección. Nuestra intención es tan sólo desvelar algunos de los aspectos que nos parecen cruciales para avanzar en la tentativa de esclarecer las cuestiones formuladas anteriormente sobre lo rural como representación social, y las principales implicaciones surgidas en el curso de este debate.

En ese contexto, es en la obra fundacional de la sociología moderna de Èmile Durkheim (1895/1968) donde vamos a encontrar las primeras alusiones a la cuestión de las representaciones, en la distinción que se establece entre lo que son representaciones *individuales* y *colectivas*. Sin embargo, como advierte Duveen (2010:13), el esfuerzo para erigir a la sociología como una ciencia autónoma hizo que Durkheim propusiese una separación radical entre estas dos modalidades de representaciones, asumiendo que las primeras deberían ser del campo de la psicología, mientras que las últimas conformarían el objeto de la sociología.

Sin embargo, la gran contribución al estudio de las representaciones sociales se da a partir del surgimiento de la obra de Serge Moscovici. El uso de su instrumental teórico y epistemológico trasciende las fronteras de la psicología social, estando hoy incorporado a la órbita de otras ciencias humanas y campos del conocimiento. Reconocer los vínculos de dicha noción con la sociología de Durkheim no puede ocultar el hecho de que Moscovici diverge¹ de la visión original del sociólogo francés. Esto porque Moscovici concibe las representaciones sociales como un tipo de creación colectiva en un contexto de modernidad, con lo cual, bajo otras condiciones de vida social, la forma de creación colectiva puede ser también distinta (Duveen, 2010:16).

La complejidad es comúnmente atribuida al doble estatuto de este concepto, que es asumido tanto como un fenómeno en sí mismo, como un referencial teórico singular, cuyo potencial heurístico es indiscutible para el estudio del *mundo de las ideas* y de los procesos

¹ Al explicitar los contornos de este concepto y defenderse contra los que consideran tal noción demasiado vaga, Moscovici advierte: «Me gustaría recordar que la idea de representación colectiva o social es más antigua que todas estas nociones y que ella es parte del *código genético* de todas las ciencias humanas» (2010:306; destacado en el original).

sociales contemporáneos. Para los objetivos que persigue este artículo, cabe destacar que Moscovici se interesó por el estudio de cómo y por qué las personas comparten el conocimiento, constituyen una realidad común y del modo transversal por el cual transforman *ideas* en *prácticas*. En ese sentido, vale señalar que las representaciones sociales atienden precisamente a dos funciones:

- a) Primero, *convencionalizar* los objetos, personas y eventos que encontramos. Les otorgan una forma definitiva, las localizan en una categoría y gradualmente las establecen como modelo de cierto tipo, distinto y compartido por un grupo de personas. [...]
- b) Segundo, las representaciones son *prescriptivas*, es decir, que se nos imponen con una fuerza irresistible. Esa fuerza es una combinación de una estructura que se nos presenta antes de que empecemos a pensar y sobre una tradición que nos marca *qué* debemos pensar (Moscovici, 2010: 34-36; cursivas en el original).²

Así, son las personas y grupos, los responsables por crear representaciones en el contexto de los procesos de comunicación, no siendo forjadas, por tanto, por individuos aisladamente. Entretanto,

Una vez creadas, sin embargo, ellas adquieren una vida propia, circulan, se encuentran, se atraen y se repelen y dan oportunidad al nacimiento de nuevas representaciones, mientras viejas representaciones mueren. Como consecuencia de eso, para comprender y explicar una representación, es necesario comenzar con aquella, o aquellas, de las cuales ella nació (Moscovici, 2010:41).

Moscovici (1961, 2010) refiere en su obra la proximidad entre lenguaje y representación social cuando pondera que conocer una cosa es hablar de ella. El hecho de hablar de un «nuevo rural» es mucho más que predicar un nuevo discurso que legitime el papel de las agencias de fomento en el ámbito de los territorios. No obstante, otros lenguajes son accionados para vehicular los contornos de esa idea, desde un simple folleto que evoca la belleza y el bucolismo de lugares remotos, hasta un rótulo adherido a un manjar que busca mostrar que es posible conciliar *the traditional taste* con los requisitos de la modernidad.

Son bastante elocuentes las alusiones hechas a un haz de transformaciones, que supuestamente ilustran el entendimiento de que estamos hoy delante de la muerte de antiguas representaciones sociales y del nacimiento de nuevas sobre lo rural. Eso parece claro en la idea de un supuesto *renacimiento rural* (Kayser, 1990), de la *reinención de lo rural* (Gray, 2000), del *nacimiento de otra ruralidad* (Veiga, 2006) o el surgimiento de una

² La traducción al español es nuestra.

nueva ruralidad (Eikeland, 1999), sólo por citar algunos ejemplos que sirven para ilustrar este cambio. ¿Pero, qué factores y circunstancias convergirán para el surgimiento de estas nuevas representaciones sociales sobre lo rural? Esa es la tarea a la que nos dedicaremos en la próxima sección.

Lo rural como representación social

¿*Quién mató a la sociología rural?* Es el título de un provocativo trabajo presentado por Friedland, en 1978, en el Congreso de Sociología Rural de los Estados Unidos de América, el cual mucho tiempo después (2010) fue publicado como artículo. El hecho es que este y otros trabajos exploran los meandros de un debate que permanece inacabado, y que ni de lejos se busca retomar aquí. Sin embargo, se sabe que, desde entonces, la posición asumida por Newby (1980) expresa con mucha claridad el entendimiento de gran parte de los científicos sociales, en el sentido de que lo rural no posee un significado sociológico y de que ninguna definición sociológica de lo rural puede ser vista como aceptable (Rye, 2006:420).

Por otro lado, como confirmó Gray (2000:30), si lo rural no representa un tipo peculiar de espacio *geo-social*, una maniobra heurística alternativa es considerarlo como una forma de lenguaje práctico sobre un tipo de *espacio-discurso* (Pratt, 1996), una *representación social* (Halfacree, 1993) o incluso como *metáfora fundamentada* (Creed y Ching, 1997). Con razón, coincidimos con Rye (2006:409) cuando este asevera que la discusión sobre el modo como es concebida la ruralidad refleja un nuevo momento, iniciado desde los años 90, en el cual habrá un verdadero *cambio cultural* en el ámbito de las ciencias humanas. En el curso de esa mudanza, la ruralidad es vista como un fenómeno social subjetivamente construido, situado mucho más en la mente de las personas que propiamente como realidad material y objetiva.

El estudio de Gray (2000) traduce, con mucha claridad, la transición operada en la PAC que, indiscutiblemente, es la política más importante de la actual Unión Europea desde la creación de esta entidad supranacional, en 1957. Este interesante trabajo analiza las reiteradas *invenciones de lo rural* a través de cuatro grandes fases que merecen ser aquí subrayadas, sobre todo porque ellas reflejan circunstancias históricas distintas experimentadas por el mundo rural del viejo continente.

La primera fase, como recuerda Gray, se inicia entre el final de los años 50 y comienzo de los 60, y consiste en una etapa en la que la agricultura se convierte en el principal instrumento para la construcción del espacio comunitario europeo. Se trababa de erigir una imagen de lo rural que renunciaba a una concepción vaga, indeterminada y nacional por otra representación de un rural ampliado, formalizado y públicamente visible, construido a través de lo que el autor citado denomina como una «práctica socio-lingüística improvisada».

Discurso y representaciones sociales conforman, en última instancia, las dos caras de una misma moneda.

La PAC surge soportada por determinados principios (mercado único, libre circulación de capital, trabajo y mercancías, preferencia comunitaria para los productos agrícolas, solidaridad financiera y presupuestaria) que reflejan una orientación francamente proteccionista del sector agrícola de los países miembros. No obstante la gran diversidad existente entre las naciones en términos de dotación presupuestaria para la agricultura, tamaño medio de las explotaciones agrarias, nivel de autosuficiencia alimentaria e importancia de la agricultura en las cuentas nacionales, había dos grandes similitudes entre los estados miembros que conformaban el centro de gravedad de la Europa unificada, desde el punto de vista del grado de intervención en el sector agrario.

El primer aspecto es que estos países ya habían establecido mecanismos propios de protección de las rentas de los agricultores, pese al hecho de que aún permanecía vivo el recuerdo de las privaciones sufridas durante y después de la II Guerra Mundial, así como el afán de mantener una estrategia de autosuficiencia de suministros de alimentos. La segunda razón para la fuerte intervención era la necesidad de fomentar una imagen de la sociedad rural que retratase a las personas y su modo de vida en el campo, con sus valores culturales, reconociendo que los intereses rurales eran políticamente importantes para los países miembros. En los documentos de la entonces CEE, la ruralidad es representada como una configuración que abarca la agricultura y el espacio rural, de forma que la primera es vista como un concepto síntesis que incluye la naturaleza y los valores que permean el espacio rural. *Familia, agricultura y sociedad rural* conforman las unidades constitutivas de esta imagen edificada en el marco de la PAC y que fue incorporada, simultáneamente, por los países miembros (Gray, 2000: 35).

La segunda fase enunciada por Gray es cuando lo rural es proyectado como representación social, *como lugar*, mediante determinadas prácticas discursivas. Con el objetivo de implementar mecanismos que preservasen la configuración fundamentalista de un rural centrado en la agricultura, en la producción familiar y en la sociedad rural como sus elementos constitutivos, debería haber lugares tangibles dentro de los límites del espacio europeo que reflejasen los atributos geográficos del paisaje, de las relaciones sociales y del carácter familiar allí presentes. El objetivo de conciliar equidad social y eficiencia económica representa la fuente de grandes conflictos existentes en el seno de la PAC en el periodo comprendido entre 1970 y 1980, cuyos programas de ella derivados agravan todavía más la situación. Estas dificultades se dividían entre el *problema agrícola* (Bowler, 1985:46-48) y el *problema rural* (Kearney, 1991:126).

El problema agrícola se refiere al efecto general de la economía sobre el sector agrario, particularmente la relación inversa entre, de un lado, el incremento de la producción y, de

otro, la demanda declinante de alimentos de los consumidores. Con la vulgarización de las tecnologías de la revolución verde, crece vertiginosamente la producción agropecuaria, mucho más rápidamente que la demanda de los mercados consumidores. Se instaura así una crisis sin precedentes entre los países vinculados a la PAC, en un continente en el cual se pasa rápidamente de la escasez a la superproducción de alimentos. Como bien definió Hervieu (1996:8), la PAC se tornó *víctima de su propio éxito*. De este modo, había además otros desafíos a ser superados:

[...] la opción por la venta de los excedentes en los mercados mundiales parece cada vez más difícil y onerosa³ para la CEE, considerando que ello implica fuertes subvenciones por parte del Feoga⁴ que asegura a los agricultores el pago de la diferencia surgida entre los bajos precios internacionales y los precios internos, normalmente más elevados. La perspectiva de ingreso de nuevos países miembros en la Comunidad Europea (España y Portugal en 1986) trajo preocupaciones adicionales, teniendo en cuenta la posibilidad concreta de que el tema de los excedentes agrícolas pudiese agravarse todavía más (Sacco dos Anjos, 2003:66-67).

La crisis de los excedentes y el descenso de las rentas agrícolas son fenómenos mutuamente relacionados. Es en ese sentido, en el que se amplían los mecanismos de protección, creando artificialmente «un espacio en que la agricultura familiar y la sociedad rural europea pudiesen florecer, al menos en términos económicos» (Gray, 2000:37). Sin embargo, la solución a los problemas de los excedentes había de ser buscada en un cambio estructural, vía reducción del área plantada, retirando de la actividad a los agricultores considerados ineficientes, léanse los de *carácter familiar*, que deberían emplearse en otros sectores.

Por otra parte, el *problema rural* refleja las amenazas a la mutua dependencia entre las pequeñas explotaciones de carácter familiar y la sociedad rural, en función de los ajustes estructurales promovidos en el sector agrícola. No obstante, el resultado de estas medidas, especialmente las relacionadas con la política de subsidios, fue el de agravar la disparidad entre, por un lado, las grandes explotaciones modernizadas y, de otro, las pequeñas

³ A mediados de los ochenta, como aluden Etzezarreta et al. (1995:57), los gastos del Fondo Europeo de Orientación y Garantía (Feoga) habían superado el 70% del presupuesto eurocomunitario.

⁴ El Feoga (Fondo Europeo de Orientación y Garantía Agrícola) ha representado desde su creación (1964) la principal partida del presupuesto comunitario y ha sido centro constante de los debates en la Unión Europea. En 1995 absorbió alrededor del 48% del presupuesto comunitario. El Feoga se compone de dos partes: la Sección de Garantía financia el gasto de la Comunidad en la política de precios y mercados, incluidos los pagos compensatorios. La Sección de Orientación recibe los recursos comunitarios asignados a la política estructural, como, por ejemplo, las ayudas a la modernización de las explotaciones, a la instalación de jóvenes agricultores o a la diversificación de las explotaciones. Actualmente, el gasto agrario se financia con dos fondos, integrados en el presupuesto general de la UE: el Fondo Europeo Agrícola de Garantía (Feoga) que financia los pagos directos a los agricultores y las medidas de regulación de los mercados agrarios, como la intervención y las restituciones por exportación, y el Fondo Europeo Agrícola de Desarrollo Rural (Feader).

explotaciones familiares que luchaban contra la propia desaparición, y que hasta entonces representaban la imagen *icónica* de la sociedad rural europea.

Si la PAC definió el ámbito comunitario como un espacio único, las políticas de desarrollo rural buscaban amenizar los problemas derivados de los ajustes estructurales, subdividiendo el territorio en 166 regiones. En ese sentido, las áreas desfavorecidas eran admitidas como preferentes para la recepción de subsidios que eran denominados *ayudas directas* (desvinculados de la producción obtenida), como forma de compensar su incapacidad de enfrentar un ambiente hostil, en buena medida causado por los propios instrumentos de la PAC. Tanto en la primera como en la segunda fase de la PAC, se trataba de erigir una imagen que reflejase las profundas conexiones entre la agricultura y el espacio rural, donde la agricultura era el elemento aglutinador por antonomasia.

La tercera fase revela un cambio substancial en la representación social de lo rural. La ruralidad se vuelve autónoma frente a la agricultura. En el curso de esta transformación, no sería una exageración afirmar que lo rural se convierte mucho más en un local para el *consumo* que propiamente para la *producción* agrícola. En la época se elaboraron documentos que expresan claramente este cambio de percepción:

Surgido en 1988, el importante estudio titulado *El Futuro do Mundo Rural* marca un giro decisivo, en cuanto al marco conceptual, que repercutirá decisivamente en el rumbo de las PAC. Lo esencial reposa en la efectiva opción que defiende a favor del *desarrollo del medio rural*, en lugar de la reiterada insistencia en el contenido eminentemente agrario que hasta entonces pautaba la actuación euro-comunitaria (Sacco dos Anjos, 2003:69; cursivas en el original).

Hay un verdadero despertar en términos del reconocimiento de la riqueza y diversidad del espacio rural, momento en el que se pasa a percibir la existencia de un amplio conjunto de actividades: comercio, existencia de pequeñas y medianas fábricas, prestación de servicios, etc. llevadas a cabo en un extenso territorio que abarca el 80% del espacio geográfico comunitario, y donde habita casi la mitad de la población europea. Es la agricultura la que se desarrolla dentro del espacio y de la sociedad rural, y no al contrario, hecho este que se supone una inversión radical en relación a la representación social construida en las etapas precedentes. Se admite, eso sí, que la PAC fue responsable, no sólo por el ocaso de muchas localidades rurales, sino además por la degradación ambiental resultado del *productivismo*, alimentado por los exagerados subsidios concedidos a los agricultores desde su creación en el auge de los años 60.

La nueva representación social de lo rural incluye el ocio y la preservación ambiental como aspectos fundamentales, a pesar de que todavía permanezca viva la imagen del 'fundamentalismo agrario' (Hervieu, 1996:105) que marcó la trayectoria de la PAC. Pero, si

en el primer caso, el espacio rural es visto como destinado al tiempo libre y a la recreación necesarios para regenerar el espíritu de la población en general, en el segundo caso, se trata de generar esfuerzos en el sentido de restablecer el equilibrio ecológico del espacio rural europeo. Crece la idea de que las localidades rurales deben de ser preservadas, no solamente para los agricultores, sino también para el deleite de la sociedad como un todo.

De este modo, hay un nuevo discurso que se articula en torno a esta nueva representación social de lo rural. En vez de que los agricultores insistan en los mecanismos de apoyo de la PAC a la producción de *commodities* agrícolas, se admite ahora que las localidades rurales sean lugares donde converjan personas de fuera, interesadas en consumir la diversidad allí presente, que incluye el ambiente natural, los bellos paisajes, el patrimonio cultural, las costumbres y las artesanías locales. Y para aplacar ese declinar de las áreas rurales es necesario un aporte financiero correspondiente, para fomentar la heterogeneidad de las actividades y de los espacios que enmarcan esta ruralidad. Esta fase delimita claramente la transición operada entre el enfoque 'sectorial' y el llamado abordaje 'territorial' del desarrollo (Sacco dos Anjos, 2003: 85-86).

La cuarta y última fase delineada por Gray coincide con el momento en que la Comisión Europea presenta una serie de documentos que propugnan la imagen de una ruralidad diversificada, inserta en el marco de una amplia agenda de desarrollo rural. De ella hacen parte la *Reforma Mac Sharry* (1992), la Iniciativa *Leader I* (1991), la Declaración de Cork (1996), el Informe Buckwell (1997) y la propia Agenda 2000. Las regiones son ahora definidas en tres grandes grupos (esencialmente rurales, relativamente rurales y esencialmente urbanizadas), con base en la metodología adoptada por la OCDE, centrada, fundamentalmente, en la proporción de población que vive en localidades consideradas *rurales*, o que poseen densidad inferior a 150 habitantes por km². El afán clasificatorio que sintetiza *la medida de lo rural* se impone sobre esas bases, en las nuevas directrices que emanan del marco europeo de desarrollo.

La iniciativa *Leader* tiene por objetivo esencial enfrentar los problemas que afectan las áreas rurales, mediante el apoyo a los grupos locales para que asuman un papel activo en la definición de programas de desarrollo para sus propias localidades.

Forjar un nuevo espacio político local resume la orientación que predica el incentivo al protagonismo de los actores, en el desarrollo de iniciativas articuladas a la historia y a la cultura, en torno a proyectos que potencien los recursos locales. En ese sentido, hacer emerger la consciencia de la propia identidad se tornó, no en un fin en sí mismo o una simple estrategia de marketing, sino en un cuadro de referencia más amplio y profundo que permitiera aflorar otras identidades locales.

El camino que hasta aquí recorreremos cumplió el propósito de exponer un marco general de las grandes transformaciones, a partir de una perspectiva que eligió el ámbito de las

representaciones sociales de lo rural y sus metamorfosis a través del tiempo. Nos servimos de la transición operada en el ámbito de las políticas de desarrollo agrícola y rural de la Unión Europea porque, efectivamente, consiste, en un marco referencial extremadamente rico para comprender los procesos subyacentes, sobre todo por la influencia que ese debate ejerce sobre los demás países, especialmente en el contexto latinoamericano.

Aunque bastante limitado, este pequeño recorrido sirvió para mostrar una mudanza visible y profunda operada en el contexto de las representaciones sociales, concebidas al calor de las circunstancias que culminaron en lo que se pasó a llamar sociedad pos-industrial. Es, en el marco de esas transformaciones, donde se empieza a proyectar una imagen construida o *inventada*, parafraseando el estudio de Gray (2000), que reiteradamente evocamos en este abordaje.

También es cierto que esa transición oculta un racimo de contradicciones que deben de ser traídas a la luz. En ese sentido, se llama aquí la atención sobre el hecho de que las representaciones sociales son también un campo de conflictos o de tensiones, en el sentido atribuido por Moscovici, particularmente entre *universos reificados* y *universos consensuados*, creando una ruptura entre el lenguaje de los conceptos y el de las representaciones (Moscovici, 2010:91). Los universos reificados son aquellos donde se produce y circula el conocimiento científico, la tecnología y las actividades especializadas, siendo, por tanto, un ámbito restringido. Los universos consensuados, por su lado, corresponden a las actividades intelectuales de interacción social cotidiana, en que lo nuevo es incorporado y es *re-significado* por el sentido común.

Como vimos anteriormente, una nueva imagen de lo rural fue erigida creando nuevos cuadros de referencia e imponiendo una nueva forma de recrear la realidad, con sus implicaciones e interfaces que merecen ser analizadas. Es ese el objetivo que se busca desarrollar en la próxima sección.

Lo rural bajo medida: las interfaces de la idealización

La concepción de lo «rural bajo medida» soporta el argumento central de este artículo, al cual están adheridos los trazos que enmarcan una nueva representación social de lo rural, que lleva implícito el entendimiento de que otras funciones deben de ser incorporadas por la ruralidad, más allá de la producción agropecuaria *stricto sensu*. Para los propósitos de este trabajo importa destacar dos grandes *ideas-fuerza* que convencionalizan objetos ligados a este rural *re-significado*, y que le confieren al mismo un carácter prescriptivo en los términos propuestos por Moscovici. Analicemos, separadamente, cada una de ellas.

El idilio rural

Lo *rural idyll* es, indudablemente, una de las imágenes que más sobresale en una representación social que emerge en el ámbago de una sociedad marcada por lo que se pasó a llamar convencionalmente como *pos-productivismo* (Wilson, 2007; Wilson y Rigg, 2003), y por el peso creciente asumido por los valores *pos-materialistas* (Inglehart e Welzel, 2005). En ese contexto, lo rural en nuestros tiempos es retratado dentro de una visión romántica, como un retiro idílico (Creed y Ching, 1997:19), que exprime la densidad de los valores simbólicos que lleva implícita esta noción. Es el lugar «refugio de la modernidad» (Short, 1991), y manifestación explícita de atavismos despertados en amplios sectores de una sociedad, que ansía el reencuentro con lo *tradicional*, lo *auténtico*, lo *exótico*, lo *singular*.

Algunos ejemplos son de verdad ilustrativos para mostrar la fuerza de estas imágenes que se proyectan, de forma difusa, en la contemporaneidad. Ahora, hacemos uso del estudio de Woortmann (2004) que demuestra que el desarrollo de actividades turísticas en el sur de Brasil condujo a una re-significación de los hábitos de comida tradicionales. Las fiestas y los restaurantes llamados *coloniales*⁵ enseñan la revalorización de los hábitos alimentarios étnicos de los teuto-brasileños. El *sistema antiguo* (comidas fuertes a base de manteca, carne y grasa de cerdo) sirve, según Woortmann, para satisfacer la *memoria gastronómica* de turistas y ex-colonos urbanizados. Es decir, que si la comida es identidad, ella se reconstruye bajo nuevas bases que necesariamente apuntan al gradual distanciamiento de un sistema de valores que no se sustenta, a no ser de forma idealizada y diferida, en la cotidianidad de las familias rurales de comunidades coloniales del extremo sur de Rio Grande do Sul, hoy residentes en centros urbanos.

El interesante estudio realizado por Rye (2006) analiza las imágenes de lo rural que habitan en el imaginario de los adolescentes de las comunidades rurales de Noruega. Los resultados de su investigación muestran la predominancia de una representación social que vincula dos fuertes imágenes de lo rural: las ideas del *idilio* y las del *tedio*. En la visión de este autor, estas imágenes no son propiamente contradictorias entre sí, sino recíprocamente complementarias.

Se les asocia a la idea de ser un lugar para la buena vida (Jones, 1995; Halfacree, 1993), pero también para padecer el tedio o *rural dull* (Haugen e Villa, 2005; Berg e Lysgard, 2004, 2002; Lægran, 2002). Pero, como advierte Rye (2006:416), tales representaciones no pueden ser tomadas como mutuamente excluyentes, sino como dimensiones que conforman

⁵ En la región sur de Brasil, el término *colônia* es una expresión absolutamente polisémica. Tanto puede significar una dimensión agraria (alrededor de 30 hectáreas), como a toda una región colonizada con emigrantes europeos (Seyferth, 1974:54). Pero, más allá de estos aspectos, la expresión cobra importancia en el ámbito de las comunidades germánicas (*kolonie*), considerando que fueron éstos los primeros emigrantes no ibéricos en desembarcar en el sur del país. En este caso hay que decir que la palabra cristaliza el sentido de autonomía, que se reproduce como ideal recurrente en las prácticas adoptadas por las familias y en el discurso de los agricultores.

un mismo contexto. La dimensión del idilio rural es una imagen más fuerte que la del tedio, y prepondera entre los jóvenes rurales noruegos, reproduciendo la idea de un lugar caracterizado por ser un ambiente natural, por la existencia de una densa estructura social en la que todos se conocen, por un sentimiento de vecindad o de pertenencia y por un fuerte espíritu de cooperación. Junto a esta imagen idílica coexiste una imagen negativa, no tan expresiva, y que se asocia a lo rural del tedio, a lo *no moderno*, a la deficiencia de oportunidades y a un lugar en que las personas trabajan mucho y ganan poco (los llamados *rednecks*).

Esta representación social de lo rural ligada a la tradición es un atributo exhaustivamente evocado en la retórica oficial que acompaña a las políticas de desarrollo, tanto en el ámbito europeo como en el resto del mundo. Hay, por cierto, una demanda creciente de consumidores interesados en disfrutar el sabor de la tradición, que, en mayor o menor medida, explica el crecimiento vigoroso en la demanda de los productos agro-alimentarios portadores de los llamados *signos distintivos de mercado*. Nos referimos, sobre todo, a los artículos con indicaciones geográficas (vinos, aceites de oliva, quesos) y una pléyade de productos agro-alimentarios que aluden a la singularidad y a la tradición. Ese tipo de iniciativa viene siendo incentivada, desde las últimas reformas de la PAC, como vimos anteriormente, a través del advenimiento de las políticas de desarrollo rural. Y fue la necesidad de poner en práctica programas como *Leader* y *Proder* lo que motivó la creación de los llamados Grupos de Desarrollo Rural (GDR) en países como España.

El caso de Andalucía es emblemático para mostrar la evolución vertiginosa en el número de estas agencias de desarrollo si tenemos en mente que, en 1994, esta comunidad autónoma española contaba apenas con 9 GDR para operar la primera edición del Programa Leader (Leader I), mientras que actualmente su número asciende a 52.

Rescatar saberes tradicionales, crear rutas turísticas, museos temáticos, artículos artesanales, organizar fiestas culturales y jornadas gastronómicas son algunas de las atribuciones principales de estas agencias de fomento, cuya misión primordial se encaja perfectamente dentro del nuevo discurso de la UE, que es financieramente lastrado por el llamado *segundo pilar de la PAC* y por los programas anteriormente mencionados.

La representación social que se impone a partir de los marcos que fueron aquí expuestos oculta en su interior un campo de conflictos, sobre todo entre los *fundamentalistas agrarios*, usando la célebre expresión de Hervieu (1996:105) y los grupos ligados a los nuevos enfoques del desarrollo rural en torno al uso de los recursos de fondos europeos. Pero esa discusión no corresponde a este trabajo. Entretanto, se busca aquí reflexionar sobre dos cuestiones que nos parecen centrales para analizar acerca de esa visión idílica, erigida en torno a la representación social de lo rural.

La primera de ellas se refiere al hecho de que esa imagen idealizada de lo rural no raras veces es artificialmente fabricada al gusto de intereses corporativos y de grupos articulados

en torno a ese nuevo discurso sobre la ruralidad, que, como afirmamos anteriormente, se impone también sobre el contexto de los países latinoamericanos como un modelo a ser seguido. Además, el tema suscita ciertos desdoblamientos como refieren Arias y Blanco en su estudio:

A pesar de los cambios cuantitativos, y en algunos casos cualitativos, que han ocurrido en las sociedades rurales latinoamericanas durante las últimas décadas, la visión dominante del idilio rural, desde el punto de vista urbano, ha logrado mantenerse a lo largo del tiempo. Esa imagen selectiva de lo rural ha sido depurada y mercantilizada a medida que la base económica se ha movilizado del sector agrícola al turístico. *Esa imagen pasada de la ruralidad está ahora disponible a un precio determinado para los visitantes que provienen de las zonas urbanas. Pueblos recreados de la década de los treinta*, y aun pueblos reales llamados capitales culturales, son vendidos en paquetes a turistas. Como señala Price (1996), añadiendo calles de piedra que en muchos casos nunca existieron y convirtiendo plazas en centros culturales, estas atracciones retratan un pasado rural improbable y glorificado en el paisaje actual (Arias y Blanco, 2010:185; lo destacado es nuestro).

En el importante estudio etnográfico realizado por Carneiro en comunidades de los Alpes franceses, estos aspectos también fueron magistralmente exaltados, sobre todo cuando esta autora coteja las *fiestas en la aldea* y las *fiestas de la aldea* cuyas diferencias son marcantes:

[...] la *fiesta en la aldea* se transforma en espacio y tiempo privilegiados para reforzar la nueva identidad aldeana que resulta de la articulación entre culturas distintas. Los personajes principales de este ritual son los hijos emigrados que vienen al reencuentro nostálgico de trazos de su cultura de origen, los turistas que vienen en busca de excentricidad de una aldea campesina idealizada y ciertos moradores que, en el esfuerzo de demostrar la proximidad entre lo *rural* y lo *urbano*, hacen lo posible por mostrar que comparten los mismos hábitos *modernos* tan idealizados como las representaciones sociales que los ciudadanos hacen del mundo rural (Carneiro, 1998:201-202; destacado en el original).

El debate sobre la *tradición inventada* no representa ninguna novedad en el terreno de las ciencias humanas y sociales, sobre todo en el ámbito de la historia, teniendo en cuenta el clásico estudio de Hobsbawm y Ranger (2008). Pero, para efectos del presente artículo, importa destacar las articulaciones en torno a esta representación social de lo rural que evoca el idilio. Esta tradición *recuperada* o preservada, parafraseando a Harvey (2009), es así desvelada para ser literalmente *mercaderizada*, siendo producida y vendida como una imagen, un simulacro, un pastiche. Recurrimos nuevamente al ejemplo de las fiestas aldeanas del estudio de Carneiro para reforzar ese entendimiento de la cuestión:

De esta manera, la *fiesta en la aldea*, así como las *fiestas campesinas*, expresan la crisis de los valores campesinos, pero revelan también la otra cara de la moneda. La primera, más que la segunda, proclama, al mismo tiempo, el fin de la *cultura campesina* y la retomada de ciertos elementos de esta misma cultura, pero en otro contexto, en otro sistema de reconstrucción de la identidad aldeana. Esta fiesta hace emerger la dominación de la lógica capitalista sobre los valores de la tradicional sociedad aldeana. Ella nos habla de la apropiación mercantil de elementos de una cultura y del espacio donde esta cultura se realiza —la explotación turística— y del consumo como forma de tiempo libre (Carneiro, 1998:201-202; destacado en el original).

El nuevo *producto rural* que se compra y se vende en los mercados *gourmet*, en las fiestas regionales o en cualquier otro espacio, es mucho más amplio y diversificado que un paquete turístico, un lujo gastronómico o una indumentaria típica que evoca el pasado, ya que lleva implícita la marca de un ingente *comercio de identidades*. El fragmento que abajo insertamos sintetiza ejemplarmente ese aspecto, aludiendo al caso de la indumentaria andaluza:

[...] el mantón y la vestimenta flamenca tienen formas de producción diferenciales en relación a la naturaleza local o global de su consumo, porque también poseen un uso distinto, una funcionalidad diferente para propios y extraños, perfectamente separable a los ojos de los nativos, entre lo que constituyen los espacios rituales de su propia cultura y los que forman parte del repertorio de objetos que recrean la imagen local, reproducen los tópicos de lo español y, por tanto, *mercantilizan la propia identidad* (Aguilar Criado, 2003:419; destacado en el original).

La propaganda y las diferentes formas de divulgación de los productos, sean ellos cuales fueran, representan un terreno fértil para descifrar las representaciones sociales de lo rural, sobre todo porque ellas corporifican ideas relativas a un tiempo histórico que aquí se busca demarcar.

Lo rural como sinónimo de naturaleza

La segunda idea-fuerza que soporta esta nueva representación social y que reproduce acciones discursivas (y no discursivas) es la asociación última de lo rural con la naturaleza, la biodiversidad; con los espacios protegidos u otras vinculaciones, ya de por sí bien conocidas. Concretamente, esa asociación es nítida, incluso en países con una fuerte tradición en la producción agropecuaria mundial como es el caso de Francia. El estudio realizado por Hervieu y Viard (1996) mostró que 72% de los franceses urbanos consideran que el campo es más un paisaje que un local de producción. Pero, lo sorprendente, como advierte Abramovay (2003:27) al comentar esa investigación, es que ésta es «la opinión de nada menos que del 61% de los que viven en el medio rural».

La relación con la naturaleza es vista como el rasgo más importante de la ruralidad, donde la vida que se desenvuelve es percibida como cualitativamente superior que en las ciudades, siendo ésta una de sus principales ventajas (Rye, 2006:410). Pero, el hecho es que, incluso entre jóvenes rurales noruegos, en la investigación que mencionamos anteriormente, las representaciones sociales de lo rural no dejan dudas en relación a esa íntima asociación. Al ser entrevistados sobre cuales *keywords* consideran más adecuadas para describir lo rural, sobresalió, con fuerza y en primer lugar, la idea de naturaleza. Con razón, en una escala que varía entre 1 y 5, esa vinculación alcanzó una puntuación media de 4,7 en un universo de casi 650 adolescentes entrevistados.

No hay mucho más que añadir en relación al contenido de esa imagen que se busca proyectar al exterior y que, inclusive, es asumida por las propias personas que viven en el ámbito rural. También es cierto que esta asociación se volvió un argumento de peso para justificar el modelo de agricultura practicado en la Unión Europea, con su gran carga de subvenciones, ya comentada anteriormente.

En países como Francia se creó la figura de los *contratos territoriales de explotación* (Velasco Arranz et al, 2008), durante el mandato de Lionel Jospin, en defensa de «un nuevo pacto social en la agricultura», el cual no prosperó por cuenta de los avatares de la política francesa. En el último análisis se trataba de la explicitación de un compromiso de los agricultores con la sociedad francesa y europea, en el sentido de incorporar los imperativos de la sustentabilidad ambiental. Pese a todo, los frecuentes escándalos agro-alimentarios (crisis de las dioxinas, gripe aviaria y suina, más recientemente la crisis de los pepinos españoles) representan la punta de un gran iceberg de contradicciones que encierra el mundo de la alimentación, en el contexto europeo y en el resto del planeta.

El resultado de ese ambiente de incertidumbre se manifiesta en una preocupación constante de los ciudadanos por la seguridad y calidad de los productos que consumen (Beck, 1998; Díaz y Gómez, 2001; Callejo Gallego, 2005; Aguilar Criado, 2007). El hecho es que, dentro de las grandes cadenas que configuran los sistemas agroalimentarios, la creciente desvinculación entre el producto *agrario* y producto *alimenticio* (Langreo, 1988), y el desplazamiento del centro de decisiones desde el ámbito de los productores hacia el de los transformadores y, más recientemente, para la esfera de los distribuidores, produjeron consecuencias importantes sobre las posibilidades de desarrollo de las zonas rurales porque restringen, sensiblemente, las posibilidades de acceso directo a los consumidores.

Nos resta aquí reconocer que la representación social resumida en el sugestivo slogan —lo rural bajo medida— y que vincula lo rural a lo idílico y a lo natural, tiene que ser lo suficientemente potente para vehicular junto a la sociedad en general una imagen que se desmarque de los repetidos escándalos agroalimentarios, de la degradación ambiental y de ciertas prácticas que, de alguna o de otra forma, conforman un escenario que suscita una

amplia controversia, ya sea en el ámbito de Europa o sea en el contexto de países como Brasil, con respecto al presente y al futuro de las regiones rurales.

¿*Cuántas aldeas típicas más conseguimos soportar?* Es el sugestivo título del estudio de Figueiredo (2003) que apunta exactamente en la dirección de mostrar la necesidad de pensar acerca de los límites de esta exaltación de lo rural, y de los costos materiales y simbólicos que acarrearán para los actores sociales implicados en este proceso.

Consideraciones finales

El reconocimiento de que las áreas rurales no están condenadas inexorablemente a su desaparición y el cambio de los parámetros que definen la ruralidad en las sociedades contemporáneas, conforman un mismo escenario que se desvela, sobre todo, durante los años 90, y cuyos contornos fueron superficialmente analizados a lo largo de este trabajo. Efectivamente, no fue ese el objetivo que punteó la discusión aquí emprendida. Nuestra motivación principal recayó en el afán de explorar la perspectiva de las representaciones sociales de lo rural, y las mutaciones que ellas experimentan, teniendo como imagen de fondo las grandes transformaciones que atraviesan las sociedades contemporáneas. Hacemos nuestras las palabras de Redclift y Woodgate (1994:61-62), cuando ellos afirman que las representaciones de lo rural que predominan actualmente en las sociedades contemporáneas se encuentran íntimamente asociadas a un «sentimiento de pérdida, que acompañó la civilización industrial moderna. El campo asumió un estatuto de herencia, tal y como las catedrales, porque nos muestra nuestro pasado».

La importancia creciente asumida por los valores pos-materialistas y la transición para la etapa del pos-productivismo representan procesos mutuamente asociados. Con razón, las transformaciones producidas en la PAC y el surgimiento del llamado abordaje territorial del desarrollo expresan un debate, cuya influencia ha sido decisiva en la reformulación de los instrumentos de intervención en la agricultura y en el mundo rural de los países latinoamericanos, así como de la retórica oficial subyacente a la actuación de las agencias de fomento.

Sin embargo, nuestra atención fue más allá de mostrar estas evidencias, ya de por sí bien conocidas. Nuestro objetivo fue el de indicar los riesgos asociados a esta construcción social de lo rural o, más explícitamente, de esta representación social forjada al sabor de las circunstancias, la cual produce una serie de implicaciones, sobre todo cuando se trata de amplificar esa imagen idílica, divinizada y romántica de lo rural. Una visión cuyos riesgos de reificación de culturas y de identidades es inmanente, especialmente porque la exaltación de lo exótico, de lo tradicional, de lo singular, aparece asociada a «la mercantilización de identidades», tal y como aludimos anteriormente.

La identificación implícita de lo rural con la naturaleza, la biodiversidad y con los espacios protegidos, es un punto crucial de esa representación social construida en la

contemporaneidad, siendo inclusive reconocida como tal por los propios habitantes de las áreas rurales, así como demostraron los estudios antes referidos. Sin embargo, aunque sea visto como una aparente paradoja, no es cierto afirmar que exista una aceptación tácita de esta función por parte de las personas que viven en el campo, porque, no raras veces, la glorificación de los ambientes naturales hecha por *los de fuera*, e inclusive por el Estado, puede acarrear nuevos esquemas de dominación.

Convertir atributos ambientales en artículos consumibles, en paisaje o en escenario para ser reconfigurado o adornado para la apropiación estética por parte de los turistas y de la sociedad en general, no siempre refleja, o está de acuerdo, con las representaciones, expectativas y prácticas de las personas *del lugar*. Ese conjunto de aspectos nos lleva a pensar sobre la importancia de comprender como se dan los procesos que producen ese rural recodificado, y las circunstancias que favorecen su surgimiento en el marco de un discurso más amplio sobre la ruralidad, que hoy se impone, en mayor o menor medida, en nuestras sociedades, según lo que fue aquí discutido. La construcción social de lo rural en la actualidad refleja el momento histórico que vivimos, pero ni de lejos puede ser visto como un campo libre de tensiones, conflictos y contradicciones como se buscó aquí realzar.

Bibliografía

- Abramovay, Ricardo** (2003). «Funções e medidas da ruralidade no desenvolvimento contemporâneo», en Ricardo Abramovay, comp., *O Futuro das regiões rurais*, UFRGS. pp. 17-56, Porto Alegre.
- Aguilar Criado, Encarnación** (2007). «Productos locales, mercados globales. Nuevas estrategias de desarrollo en el mundo rural», en Manuel García Docampo, comp. *Perspectivas Teóricas en Desarrollo Local*, pp. 147-169. La Coruña. Netbiblo.
- Aguilar Criado, Encarnación** (2003). «La cultura como recurso en el ámbito de la globalización: la nueva dinámica de las industrias artesana», en Carmen Bueno y Encarnación Aguilar Criado, comp. *Las expresiones locales de la globalización: México y España*, pp. 405-423, CIESAS. Universidad Iberoamericana. Ciudad de México. Ed. Porrúa.
- Arias, Eliezer e Irida Blanco** (2010). «Una aproximación al entendimiento del suicidio en comunidades rurales y remotas de América Latina», en *Estudios Sociológicos*, V.28, enero-abril, n° 82. pp. 185-210, Ciudad de México.
- Beck, Ulrich** (1992). *Risk society. Towards a new modernity*, Londres, Sage Publications.
- Beck, Ulrich** (1998). *¿Qué es la globalización?: falacias del globalismo, respuestas a la globalización*, Barcelona. Paidós Ibérica.
- Berg, Nina Gunnerud y Hans Kjetil Lysgard** (2004). «Ruralitet og urbanitet -bygd og by (Rurality and urbanity- countryside and city)», en Nina Gunnerud Berg, Hans Kjetil Lysgard y Anders Lofgren, comp. *Mennesker, steder og regionale endringer (People, Places and Regional Changes)*, pp. 61-76, Trondheim, Norwegian, Tapir.
- Berg, Nina Gunnerud y Hans Kjetil Lysgard** (2002). «Rural development and policies: the case of post-war Norway», en Keith Halfacree, Imre Kovach y Rachel Woodward, comp. *Leadership and Local Power in European Rural Development*, pp. 256-272, Ashgate, Aldershot.
- Bowler, Ian Robert** (1985). *Agriculture under the common agricultural policy: a geography Manchester*. Manchester University Press.

- Callejo Gallego, Javier** (2005). Modos de consumo y sociedad del riesgo en *Revista Internacional de Sociología* (RIS), Tercera Época, n.º 40. pp. 133-157, Córdoba.
- Camarano, Ana Amélia y Ricardo Abramovay** (1999). «Éxodo rural, envelhecimento e masculinização no Brasil: panorama dos últimos 50 anos», en *Textos para Discussão*, n.º 621, Brasília, IPEA.
- Carneiro, María José** (1998). *Camponeses, Agricultores e Pluriatividade*. Rio de Janeiro. Contra Capa.
- Creed, Gerald y Bárbara Ching** (1997). «Recognizing rusticity: Identity and the power of place», en Barbara Ching y Gerald Creed, comp. *Knowing your place: rural identity and cultural hierarchy*, pp. 1-38, London, Routledge.
- Díaz Méndez, Cecilia y Cristóbal Gómez Benito** (2001). «Del consumo alimentario a la sociología de la alimentación» en *Distribución y Consumo*, n.º 60. pp. 5-23, Madrid.
- Durkheim, Émile** (1968). *As regras do método sociológico*. 5ª Ed. São Paulo. Editora Nacional.
- Duveen, Gerard** (2010). «Poder das Ideias» en *Representações Sociais. Investigações em psicologia social*, compilado por Serge Moscovici, pp. 7-28, Petrópolis. Editora Vozes.
- Eikeland, Sveinung** (1999). «New rural pluriactivity? Households strategies and rural renewal in Norway», en *Sociologia Ruralis*, v.39, n.º 3, pp. 359-376, Wageningen.
- Etxezarreta, Miren, Josefina Cruz, Mario García Morilla y Lourdes Viladomiu** (1995). *La agricultura familiar ante las nuevas políticas agrarias comunitarias*. Madrid. MAPA.
- Figueiredo, Elisabete** (2003). «Quantas mais 'aldeias típicas' conseguimos suportar? Algumas reflexões a propósito do turismo como instrumento de desenvolvimento local em meio rural», en *Turismo em Espaços Rurais e Naturais*, compilado por Orlando Simões y Artur Cristóvão, pp. 65-81, Coimbra. IPC.
- Friedland, William** (2010). «Who killed rural sociology? A case study in the political economy of knowledge production», en *International Journal of Sociology of Agriculture and Food*, v.17, n.º 1. pp. 72-88. Cardiff University (UK).
- Gray, John** (2000). «The Common Agricultural Policy and the Re-invention of the rural in the European Community». *Sociologia Ruralis*, v. 40, n.º. 1, pp. 30-52, Wageningen.
- Halfacree, Keith** (1993). «Locality and social representation: space, discourse and alternative definitions of the rural», en *Journal of Rural Studies*, v. 9, n.º. 1, pp. 23-37: Gloucester.
- Harvey, David** (2009). *Condição Pós-moderna*. 18 Ed. São Paulo. Edições Loyola.
- Haugen, Marit y Mariann Villa** (2005). «Rural idylls or boring places?», en Bettina Bock y Sally Shortall, comp., *Rural Gender Relations. Issues and Case Studies*, Oxford, CABI Publishing. Oxfordshire.
- Hervieu, Bertrand** (1995). «El espacio rural europeo entre la ruptura y el desarrollo», en Eduardo Ramos Real y Josefina Cruz Villalón, *Hacia un nuevo sistema rural*. Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.
- Hervieu, Bertrand** (1996). *Los Campos del Futuro*. Madrid. MAPA.
- Hervieu, Bertrand y Jean Viard** (1996). *Au bonheur des campagnes (et des provinces)*. Paris. L'Aube.
- Hobsbawm, Eric y Terence Ranger** (2006). *A invenção das tradições*. 6ª Ed. São Paulo: Paz e Terra.
- Inglehart, Ronald y Christian Welzel** (2005). *Modernization, cultural change, and democracy: the human development sequence*. New York. Cambridge University Press.
- Jones, Owain** (1995). «Lay discourses of the rural: development and implications for rural studies», en *Journal of Rural Studies*, pp. 35-49, Gloucester.

- Kayser, Bernard** (1990). *La renaissance rurale: sociologie des campagnes du monde occidental*. Paris. Armand Colin.
- Kayser, Bernard** (2000). «L'intégration de la ruralité. Les campagnes françaises au XXIème siècle», en *Économie Rurale*, n°. 255-256, pp. 100-103, Paris.
- Kearney, Brendan** (1991). «Rural society-disparities in incomes and alternative policies», en John Marsh, Bryn Grenn, Brendan Kearney, Louis Mahé y Stefan Tangermann, comp. *The changing role of the Common Agricultural Policy: the future of farming in Europe*, pp. 22-24. London. Belhaven Press.
- Lægran, Anne Sofie** (2002). «The petrol station and the Internet café: rural technospaces for youth», en *Journal of Rural Studies*, 18, pp. 157-168, Gloucester.
- Langreo, Alicia** (1988). *La agricultura contractual*, Madrid. COAG-Informa.
- Maluf, Renato Sérgio y Maria José Carneiro** (2003). *Para além da produção: multifuncionalidade e agricultura familiar*. Rio de Janeiro. Mauad, v. 1.
- Moscovici, Serge** (1961). *La Psychanalyse: son image et son public*. Paris. Presses Universitaires de France.
- Moscovici, Serge** (2010). *Representações Sociais. Investigações em psicologia social*. 7ª Ed. Petrópolis. Editora Vozes.
- Newby, Howard** (1980). «Trend Report: Rural Sociology», en *Current Sociology*, 28, pp. 3-141, Hyderabad.
- Pratt, Andy** (1996). «Discourses of rurality: loose talk or social struggle?», en *Journal of Rural Studies*, 12, pp. 69-78, Gloucester.
- Redclift, Michael y Graham Woodgate** (1994). «Sociology and the environment: discordant discourse?», en Michael Redclift y Ted Benton, comp. *Social Theory and the Global Environment*, pp. 51-66, London. Routledge.
- Rye, Johan Fredrik** (2006). «Rural youth's images of the rural», en *Journal of Rural Studies*, v.22, pp. 409-421. Gloucester.
- Sacco dos Anjos, Flávio** (2003). *Agricultura Familiar, Pluriatividade e Desenvolvimento Rural no Sul do Brasil*. 1ª Ed. Pelotas.
- Sacco dos Anjos, Flávio y Nádya Velleda Caldas** (2005). «O futuro ameaçado: o mundo rural face os desafios da masculinização, envelhecimento e desagrarização», en *Ensaio FEE*, v. 26, n°1, pp. 661-694. Porto Alegre.
- Seyferth, Giralda** (1974). *A Colonização Alemã no Vale do Itajaí-Mirim: um estudo de desenvolvimento econômico*, Porto Alegre, Editora Movimento.
- Short, John Rennie** (1991). *Imagined Country, Society, Culture and Environment*, London, Routledge.
- Silva, José Graziano da** (2001). «Velhos e novos mitos do rural brasileiro», en *Estudos Avançados*, Vol. 15, n° 43. pp. 37-50, São Paulo.
- Veiga, José Eli da** (2002). *Cidades Imaginárias: o Brasil é menos urbano do que se calcula*. Campinas, Editores Associados.
- Veiga, José Eli da** (2006). «Nascimento de outra ruralidade», en *Estudos Avançados*, v. 20, n° 57, pp. 333-353, São Paulo.
- Velasco Arranz, Ana; Eduardo Moyano Estrada y Flávio Sacco dos Anjos** (2008). «Contratos territoriais de estabelecimento na França: rumo a um novo pacto social na agricultura? », en *Ambiente & Sociedade*, V. XI, Jul-dez. n° 2, pp. 219-235, Campinas.
- Wilson, Geoff** (2007). *Multifunctional Agriculture. A Transition Theory perspective*, Wallingford, CABI International.
- Wilson, Geoff y Jonathan Rigg** (2003). «Post-productivist agricultural regimes and the South: Discordant concepts? », en *Progress in Human Geography*, v. 27 (5), pp. 605-631, London.
- Woortmann, Klaus** (2004). O sentido das práticas alimentares. In: *Anais... I Congresso Brasileiro de Gastronomia e Segurança Alimentar*, Brasília: UnB.